

# LA VUELTA DE LOS DIAS

## LA (DIS)CONTINUIDAD LIBERAL

Charles Hale *entrevistado por Enrique Krauze*

*Charles Hale es uno de los principales historiadores de las ideas mexicanas. Ha escrito varios excelentes ensayos sobre el tema y un libro memorable: El liberalismo mexicano en la época de Mora. Es profesor de Historia en la Universidad de Iowa, pero es, sobre todo, un observador amistoso y profundo de México.*

*Hace años, cuando el sistema político mexicano admiraba a propios y extraños, los trabajos de Hale sobre el liberalismo en México parecían tener sólo una gran importancia académica. Hoy que el sistema ha agotado casi todas sus reservas, la vieja querrela del liberalismo político cobra un nuevo sentido. La vitalidad del Estado nos hacía pensar en los ideales políticos del siglo XIX como piezas de museo. La conversación con Hale y la realidad mexicana invierten los términos.*

**Enrique Krauze:** ¿Cuáles son los rasgos históricos fundamentales del liberalismo político mexicano?

**Charles Hale:** Dentro del liberalismo político mexicano, desde 1820 y a través de la Reforma, hubo una tensión constante entre dos tendencias clásicas: la que buscaba el fortalecimiento del Estado para lograr la igualdad —o igualdad ante la ley— y la que trataba de limitar al Estado para lograr la libertad individual, lo que en el siglo XIX se llamaba "garantías del individuo frente al despotismo del Es-

tado". Se trataba, a un tiempo, de fortalecer al Estado e instituir además un sistema constitucional frente al despotismo heredado de los Habsburgo, los Borbones, la época imperial de Iturbide y, en general, el prepotente Estado colonial. En el marco de esa tensión, el fortalecimiento del Estado en nombre de la igualdad ante la ley fue la nota dominante, por encima de la libertad individual. Hacia los años veinte José María Mora trataba de establecer un sistema constitucional con el propósito inicial de limitar el poder del Estado por medio del federalismo, la autonomía de los municipios y del sistema judicial. En 1833, Mora y la gente que estaba cerca de él —Gómez Farías entre otros— se dieron cuenta, dolorosamente, que el problema fundamental no era alcanzar la libertad individual sino acabar de alguna manera con la sociedad colonial para que el individualismo tuviera algún significado. El mismo drama se volvió a representar durante la Reforma. Los constituyentes del 1857 buscaron limitar el poder del Estado que identificaban como heredero de la dictadura de Santa Anna. Los primeros debates del Congreso Constitucional están cargados de la obsesión por Santa Anna. Los congresistas redactaron una Constitución que postulaba un ejecutivo esencialmente débil y un régimen parlamentario. Pero continuaba existiendo el problema de la Iglesia, por lo que el régimen juarista (1858-1872) comenzó a

adquirir poderes dictatoriales para acabar con esa sociedad institucional y continuar la obra de los reformistas de 1833. Juárez se comportaba como un dictador en los años sesenta y como tal se le conocía.

Este conflicto interno me parece básico. Volvió al primer plano —y en aclarar esto la obra de Cosío Villegas es muy importante— durante la restauración de la República (1867-1876). Uno puede decir que, en cierto modo, con la Revolución se volvió a repetir el ciclo. La ideología de Madero era constitucionalista. Era una ideología que daba la espalda a un largo período de autoridad central. Era el restablecimiento de la Constitución de 1857 y de su tentativa de liberar al municipio, limitar el poder del Ejecutivo y restablecer la libertad judicial. Con todo, la obra social de la Revolución y la oposición interna a ella tuvieron como consecuencia que en tiempos de Carranza el constitucionalismo acentuara cada vez más la autoridad del Estado. En suma, el liberalismo político mexicano ha sufrido esta tensión, este conflicto interno, característico del mundo occidental y particularmente visible en Francia y en España.

**E.K.** —¿Qué otros rasgos caracterizan a nuestro liberalismo aparte de esta tensión?

**Ch.H.** —Pienso en uno, sobre todo: la oposición al clero. Puede decirse que en la entraña del liberalismo mexicano existió siempre un elemento

anticlerical. El liberalismo en México puso el acento en un Estado fuerte y laico que mantuviese la igualdad ante la ley en detrimento de las entidades tradicionales, sobre todo la iglesia y el ejército. Los liberales no tuvieron mucho éxito en la limitación del ejército como institución pero sí lograron, en cambio, limitar severamente a la iglesia. Por lo demás, las ideas anticlericales y el ideal de un Estado fuerte y laico no eran privativos de México: tenían raíces en la Revolución Francesa y guiaron a los reformistas españoles en Cádiz y durante el resto del siglo.

E.K. —Nuestro liberalismo es entonces más mediterráneo que nórdico...

Ch.H. —Como doctrina política el liberalismo mexicano tiende menos hacia Inglaterra y Estados Unidos que hacia Francia y España, ya que estos países encararon problemas similares a los de México y desarrollaron teorías y políticas comparables. Por ejemplo, la conquista de la igualdad ante la Ley fue uno de los objetivos principales del liberalismo mexicano, como lo fue para el de Francia y España, porque en los tres países los liberales se enfrentaron a un orden institucional sólidamente establecido, en cuyo corazón estaba la Iglesia Católica de Roma. Esta solidez institucional, que existía por supuesto en Inglaterra y los Estados Unidos, había sufrido sin embargo, la creación gradual de los cambios económicos, como en el caso de Inglaterra, o bien había sido tradicionalmente más débil, como en el caso de los Estados Unidos.

E.K. —Hay otros apellidos para el liberalismo. El económico, por ejemplo.

Ch.H. —En México la Revolución no rechazó totalmente el liberalismo económico. Había —y hay—, es cierto, una tendencia constante a favorecer la intervención del Estado en nombre de la reforma social: la reforma agraria, el nacionalismo económico, la expropiación del petróleo, la adquisición del capitalismo extranjero. Todo esto se alejaba del liberalismo económico. Pero al mismo tiempo se conservaban la propiedad privada y la "pequeña propiedad" rural, se fomentaba una industria nacional en manos de particulares y se vela con buenos ojos, sobre todo a partir de

1940, la llegada del inversionista extranjero. Esta tendencia, en mi opinión, no ha dejado de existir. Probablemente el Estado es más fuerte todavía en la vida política que en la vida económica.

E.K. —Lo cual no lo vuelve más liberal en esta esfera; pero probemos aún otro apellido: cultural.

Ch.H. —En cierto sentido, el liberalismo cultural podría significar una tradición de libertades civiles y de libre expresión, de libertad de prensa... Esta tradición siempre ha estado presente en México, con más fuerza en algunos periodos que en otros, por supuesto. Durante el Porfiriato hubo una tendencia creciente a la censura, que coincidió con el desarrollo de una filosofía oficial de la educación. Pero al mismo tiempo había una fuerte tradición de libertad civil, una incisiva prensa de oposición y muy pocas restricciones a la expresión cultural en las artes y en la literatura.

Ahora la situación es, en cierta forma, menos liberal. Es evidente que el Estado desempeña un papel importantísimo en la cultura. Pocas actividades culturales hay —en la vida académica, en la vida universitaria o en el periodismo— que puedan conducirse con independencia del Estado. La literatura es quizá la única excepción. Me impresiona, por ejemplo, la medida en que el Estado determina, a través de los salientes económicos o académicos que ofrece, la dirección del trabajo y las obras de los investigadores, sobre todo en el caso de los investigadores que prometen y han terminado su tesis o su primera obra de consideración y la publican. Entiendo que lo mismo vale para la investigación científica. El poder y el patrocinio del Estado son muy fuertes. Creo que en este sentido, al influir en la dirección de la vida cultural, por sutil o abiertamente que lo haga, el Estado se separa de algo que podría llamar el ideal liberal.

E.K. —La continuidad entre el liberalismo del siglo XIX y la Revolución es más incierta de lo que la leyenda oficial quisiera. Hay versiones opuestas.

Ch.H. —Creo que la posición oficial es la que ha tenido más influencia en México y quizá también en el extranjero. Es la de Jesús Reyes Heróles en su magistral obra en tres volú-

menes sobre el liberalismo mexicano. Las tesis básicas de esta obra son, en primer lugar, que existe una continuidad del liberalismo desde el siglo XIX hasta el XX y, en segundo lugar, que ni la Revolución ni sus mecanismos, como él dice, pueden llamarse *hijos de sí mismo* sino de las profundas tradiciones liberales del siglo XIX.

Lo interesante de esta tesis es que si uno examina los tres extensos y bien documentados volúmenes de Reyes Heróles observa que su historia comienza con la Revolución de Independencia, o con el periodo inmediatamente anterior, a principios de 1800, y termina intempestivamente en 1867. Entonces, cuando habla de continuidad está hablando de una primera fase que culmina con la Reforma y que continúa sólo después, en 1910. El periodo que va de 1867 a 1910 —la República Restaurada y, en particular, el Porfiriato— es, según él, una alteración, una aberración de la tradición liberal mexicana. Para Reyes Heróles la Reforma se caracterizó también por su preocupación social, su interés por la población india, la reforma agraria, etc... Reyes Heróles consideraba que estos eran los antecedentes directos de lo que sucedió después de 1910 y por ello omite explícitamente el Porfiriato, que en su opinión no forma parte de la tradición liberal. Su concepción coincide en gran medida con las propias interpretaciones de los revolucionarios, desde Madero hasta Carranza.

Por otro lado está la opinión que se identifica más con Daniel Cosío Villegas y los que colaboraron con él en su *Historia moderna de México*. Si bien no ataca directamente a Reyes Heróles, ni discute con él —trabajaron independientemente y no creo que haya existido diálogo entre ellos—, Cosío Villegas prefirió estudiar minuciosamente el periodo específico que omitió Reyes Heróles. Lo que interesa particularmente a Cosío Villegas fue encontrar las raíces de lo que a su juicio era la verdadera tradición liberal. Para Reyes Heróles esa tradición es muy amplia: un movimiento que cambia gradualmente, que abarca desde Madero hasta la reforma económica y social de Cárdenas, y que más tarde incluye la promoción industrial de Alemán. En cambio, Cosío Ville-

gas consideraba que el liberalismo revolucionario se limitó al impulso político y constitucionalista de los primeros años: los de Madero.

Al principio Cosío Villegas no se interesó en el estudio del Porfiriato, sino que comenzó por estudiar la República Restaurada, porque de alguna manera sentía que en los años 40, cuando inició su obra, México estaba alejándose de los verdaderos ideales de la revolución, a la que él definía, por cierto, en términos liberales. Lo que encontró durante el periodo de Juárez y Lerdo fue algo muy cercano a un modelo liberal; un modelo no tanto de sociedad liberal ideal como de sistema político liberal. Fue un periodo de libre expresión en la prensa; el sistema judicial funcionaba libremente, como nunca antes ni después lo ha hecho. A pesar de la necesidad de fortalecer al Estado contra la disensión interna o los desafíos regionales, México gozaba de las más amplias libertades políticas. Cosío encontró que éste era un periodo ejemplar en la historia de México. Sentía que podía servir de inspiración al presente.

Más tarde, como buen historiador que era, entendió que el periodo del Porfiriato debía estudiarse en sus propios términos. Su trabajo sobre la dictadura fue muy analítico. En el transcurso de la obra el término "autoritarismo" reemplazó al de "dictadura". Con el tiempo, ganó algo de simpatía por el Porfiriato. Aunque no creo que llegara a sostener que hubiera continuidad entre éste y la Revolución, por el solo hecho de estudiarlo tan escrupulosamente comenzó a señalar implícitamente la posibilidad de esa continuidad.

Una de sus tesis principales fue que después de 1940 México entraba en un nuevo Porfiriato. Creo que esto fue algo que sostuvo hasta su muerte. Una continuidad en el antiliberalismo. La distinción fundamental entre Reyes Heróles y Cosío Villegas —si hay que establecerla— está en su acercamiento implícito o explícito al periodo de Díaz. Para aquél se trata de una aberración del *continuum* liberal-revolucionario. Para éste es un antecedente casi orgánico de la Revolución hecha gobierno y tan ajeno como ella —con excepción de Madero— al liberalismo.

E.K. —Esto pensaban dos de los

grandes historiadores del liberalismo en México. ¿Qué piensa Haie, el tercero?

Ch.H. —Desde luego no negaría la existencia de una tradición liberal continuada. Puede haberse transformado, no ser lo que era antes, pero continúa. Basta observar todo el pasado para ver en cada periodo los elementos de esta continuidad. Mi punto de vista se aleja del de Reyes Heróles, pero también del de Cosío, porque encuentro que hay liberalismo entre los partidarios de Díaz y no sólo entre sus opositores. Lo que me ha impresionado en mis estudios del periodo 1867-1910 es que con la victoria de Juárez sobre Maximiliano el término "liberal" vino a ser un término oficial. Los conservadores eran los vencidos y los liberales los vencedores. De manera que a partir de entonces quien tuviera participación en el gobierno o tuviera aspiraciones políticas, tenía que ser un liberal y proclamarse así abiertamente. Además, me parece que después de 1867 el liberalismo empezó a dejar de ser una ideología en lucha contra una sociedad tradicional y un grupo de instituciones, para convertirse en un mito unificador. Con el creciente consenso político, en particular después de 1877, se desarrolló lo que podría llamarse un *establishment* liberal. Hacia 1890 circulaba una frase que decía que el partido liberal se había vuelto "un partido de gobierno".

E.K. —Un pre-PR!

Ch.H. —Juárez y Lerdo fueron decididamente los personajes liberales de la Reforma. Pero Díaz también fue un liberal en el sentido pristino de la palabra. Ascendió al poder en 1876 porque él y sus partidarios sostenían que Lerdo estaba volviéndose un líder autoritario. El mismo, a su vez, se hizo autoritario; sin embargo, nunca dejó de emplear el término "liberal" para designarse.

Además de la explotación oficial del término "liberal", lo que vuelve tan confuso al periodo —y no sólo en México sino en Francia o España— es el tono menor de los viejos conflictos ideológicos entre los conservadores y los liberales. De alguna manera, quienes estaban en el poder —en Francia los republicanos, en España la monarquía restaurada— tenían la impresión de que los ideales del liberalismo se habían realizado. Fue esen-

cialmente un periodo de consenso político. Los conflictos entre los diferentes partidos eran poco profundos: en Francia, durante la Primera República, los partidos se llamaban a sí mismos "liberales conservadores". La misma tendencia surgió en México en el grupo que simpatizaba con Porfirio Díaz y que en 1878 fundó el periódico *La Libertad*: Justo Sierra, Francisco Cosmes y Telésforo García. Su periódico era "liberal conservador", se llamaban "nuevos liberales". Desarrollaron una doctrina de "política científica", parcialmente inspirada en ideas positivistas; la política nacional y la Constitución se basarían realísticamente en los hechos, en la experiencia, y no en la aplicación de teorías abstractas o "metafísicas". Para ellos, "política científica", "nuevo liberalismo" y "liberalismo conservador" se vuelven sinónimos. En cierto modo, estaban justificando el régimen de Díaz al decir que los ideales de 1857 se habían desgastado y que eran demasiado abstractos para aplicarse apropiadamente a la historia de México. Podrían considerarse apologetas del régimen. Creo que esta es la opinión de Cosío Villegas. Pero aún así, se consideraban "liberales". El problema, repito, es que este término llegó a significar muchas cosas diferentes.

E.K. —Que se llamaran a sí mismos liberales quizá no los hace liberales. Por mi parte creo que el libro que desciere con claridad este problema es *La Constitución de 1857 y sus críticos*. Liberales puros fueron los hombres de la Reforma y la República Restaurada, los opositores al régimen de Díaz y los maderistas. Creían en la libertad de y no en la libertad para. En cambio los porfiristas, como sus descendientes revolucionario-institucionales, escamotearon, digámoslo así, el sentido liberador de la palabra liberal.

Ch.H. —Cosío Villegas ve la continuidad de la tradición liberal del Porfiriato esencialmente en la oposición, es decir, en quienes se opusieron al poder autoritario de Díaz y defendieron la Constitución de 1857 contra la extralimitación del Ejecutivo. Documenta esta oposición muy cuidadosamente. Cosío Villegas no llamaría a Justo Sierra liberal en este sentido, pero sí, en cambio, a alguien como José María Vigil, los editores de *El*

*Monitor Republicano, El Diario del Hogar* y otros órganos menos conocidos de la prensa "liberal", "independiente" o "no oficialista". Según él, esta oposición continúa con Vázquez Gómez en 1892, con la facción moderada del Partido Liberal después de 1900, y culmina con Madero en 1908.

Por mi parte he encontrado que el grupo de Justo Sierra, el grupo de *La Libertad*, aunque difería marcadamente de quienes habían hecho la Constitución de 1857, sostenía con firmeza su vocación constitucionalista. Sentían que la Constitución debía ser reformada de modo que permitiera un gobierno más fuerte. Aquí es donde uno puede acusarlos, en efecto, de socavar la Constitución, de volverse apologistas de un régimen autoritario.

Pero importa recordar que para 1893 el mismo grupo (antes que nadie, Justo Sierra, con otros que luego adoptaron el nombre de "científicos", por ejemplo Francisco Bulnes) propuso un plan para limitar el poder de Díaz, y en particular el control del Poder Judicial por el Ejecutivo. Al hacerlo, Justo Sierra recurrió en 1893 a los mismos argumentos "científicos" que había utilizado para fortalecer el poder en 1876. (Quienes se oponían al grupo de Sierra los llamaron "científicos", nombre que desde entonces ostentaron con orgullo.) Pero en realidad eran constitucionalistas.

El corolario de todo esto es la clara existencia de antecedentes no sólo constitucionalistas en la oposición abierta a Díaz, sino también en estos "científicos", miembros del *establishment* porfiriano. Cuando hablamos de continuidades tenemos que hacerlo en varios niveles. Ha existido una pasmosa renuencia de parte de muchos intérpretes a seguir las diversas formas de continuidad que cruzan a todo lo largo del período de Díaz y lo enlazan con el inmediatamente posterior. Cosío Villegas ha trazado hilos de la continuidad antiliberal al hablar de un neoporfirismo, pero lo que no creo que haya hecho con claridad es mostrar la forma de continuidad positivas desde la edad madura de Díaz hasta el período posterior a 1910, por ejemplo las ligas posibles entre el constitucionalismo "científico" de 1893 y el constituyente de 1917.

E.K. —Resaltar los elementos de oposición constitucional a Díaz entre

sus propios partidarios es importante. Desvanece, entre otros mitos, el del monolitismo porfiriano. Pero ¿no sería que en 1893 los científicos comenzaban a revalorar los ideales de los "venerables abuelos", desechados quince años antes? Por lo demás, la liga posible entre 1893 y 1917 no es, necesariamente, de carácter liberal. La Constitución de 1917 fue todo menos un código liberal.

Ch.H. —Permitame añadir algunos detalles. En mi trabajo sobre las ideas políticas del período que va de 1867 a 1910, una de las cosas que más me intriguaron fue el problema de cuáles eran exactamente las ideas del grupo encabezado por Sierra que fundó el periódico *La Libertad* y apoyó a Díaz. ¿Cuáles eran sus ideas antes de 1876? Entonces eran hombres muy jóvenes, por supuesto. El grupo de Sierra se consideraba una nueva generación; tenían entre 25 y 35 años, de modo que eran todavía más jóvenes durante el régimen de Lerdo (1872-1876). Cuando uno estudia los primeros años de esta gente, no hay indicios de un rechazo a la tradición de la Constitución de 1857 o de un futuro apoyo a Díaz. Creo que el año decisivo fue 1876, cuando eran francos simpatizantes de José María Iglesias en contra de Lerdo. Entonces fundaron un periódico titulado *El Bien Público*. Eran constitucionalistas a la enésima potencia. Pero dos años más tarde, en 1878, los encontramos apoyando a Díaz y pidiendo cambios a la Constitución en nombre de la ciencia. Existen algunos documentos muy interesantes de 1877 que no son conocidos y que muestran las angustias de Sierra, en particular, al tratar de justificar este cambio de iglesias a porfirista. Se le criticó duramente por ello y dio justificaciones muy elaboradas, no siempre convincentes, aunque mostraban una considerable tensión interior.

En esencia, creo que particularmente Sierra y algunos otros se desencantaron del legalismo exagerado del período de Iglesias, que llegó a su fin con el arribo de Porfirio Díaz en 1876. Consideraban que el país necesitaba algo más flexible y más en armonía con las realidades de la sociedad que las interpretaciones legalistas de Iglesias. Se formaron la idea de que la Constitución, antes que algo impuesto, debía ser algo que surgiera de las

realidades de la nación. Esto se justificaba por la aplicación de una nueva doctrina política influida por el positivismo, en el cual el gobierno se vio como algo que debe brotar naturalmente de la realidad social.

E.K. —Con todo, quince años después descubrieron que la nueva doctrina política conducía a la dictadura. El caso nos devuelve a su sugestiva respuesta inicial: lo característico del liberalismo mexicano en la tensión —política, ideológica, moral, biográfica— entre la libertad negativa y la positiva, entre la idea de límite y la idea de intervención. A mi juicio, los liberales de la Reforma, Madero y su tenue genealogía del siglo XX se inclinaron naturalmente por la primera vertiente y quizá por hacerlo perdieron, muchas veces, el poder. Otros, Sierra sobre todo, habitaron aquella contradicción y sus tormentos, pero dudo que en la mayoría de los científicos —Bulnes, Macedo, etc.— la tensión fuera profunda. Una tercera categoría —en la que se incluyen lo mismo Calles, Díaz, Cárdenas o Alemán— prefirió abiertamente, como ahora, el fortalecimiento del Estado como premisa y palanca de liberación social e individual. Pero no veo por qué llamar liberal a esta tendencia, al menos no a partir de mediados del siglo XX, cuando el poder de la Iglesia y el ejército, los dos cuerpos por vencer en nombre de la libertad, estaban vencidos.

Ch.H. —Desde luego, la tradición constitucionalista clásica, es decir, la tendencia a limitar el poder del Estado para aumentar la libertad individual y civil ha sido una entidad muy frágil, ahogada en México desde la victoria de los carrancistas en 1917 y el establecimiento de la Constitución. Basta recordar el ahogo del movimiento en favor del municipio libre, que había sido una tendencia marcada a lo largo de la Revolución. Lo cierto es que es muy difícil encontrar pruebas de movimientos políticos hacia el liberalismo constitucional después de 1917. En 1968 afloraron varias de estas ideas. Por ejemplo, uno de los mensajes de *Posdata*, de Octavio Paz, en 1971, es la necesidad de recuperar la democracia pura, el liberalismo constitucional, la libertad para la acción política fuera del gobierno y del partido en el poder. Aunque esta

es una tendencia débil, creo que a Reyes Heróles le era difícil sostener como historiador que este aspecto del liberalismo haya tenido una sólida continuidad. Lo sostuvo implícitamente, pero creo que al hacerlo defendió el mantenimiento de las instituciones constitucionales en un sentido jurídico; esto es, la existencia de un sistema parlamentario, un sistema federalista, un sistema judicial, todos los cuales, formalmente, fueron parte de la limitación constitucional al poder del Estado. Pero no creo que penetre en la realidad. Con todo, es impresionante que Reyes Heróles, en su papel de político y hombre de Estado, haya dirigido el reciente intento de implantar una "reforma política" que, en cierto sentido, fue un esfuerzo por demostrar la continuidad del constitucionalismo liberal. Es una lástima que sus esfuerzos no hayan fructificado todavía.

E.K. —Es que Reyes Heróles, como Sierra, si vivió seguramente la tensión de que hemos hablado. ¿Illuminaría en algo una comparación entre el liberalismo argentino y chileno con el mexicano?

Ch.H. —Una de las diferencias básicas entre el liberalismo político de Argentina y Chile y el de México, es la debilidad del poder de la iglesia. De ahí que la tradición anticlerical de orientación estatal fuese mucho más débil. En Argentina y Chile aquella tensión entre la tradición liberal, fuertemente apegada al Estado, y la esencialmente constitucionalista fue más tenue que en México. Supongo que en este sentido el liberalismo sudamericano era de orientación más anglosajona, aunque me negaría a llevar demasiado lejos esta generalización.

Estoy pensando en modelos de liberalismo. Creo que la obra clave, la que establece una distinción básica entre estas dos corrientes de liberalismo político —la francesa y la inglesa— es *A History of European Liberalism*, de Guido de Ruggiero. Creo que el liberalismo chileno, por lo menos el del siglo XIX, se consideraría dentro de la tradición inglesa. Uno puede decir lo mismo del liberalismo argentino. Esta influencia inglesa se ha desvanecido en el siglo XX.

Cuando uno estudia la historia de Argentina y Chile en el siglo XIX, y la compara con la de México, lo que

más destaca es que falta este momento histórico de la Reforma, que sirvió de inspiración a México en 1910 y que, aunque desvirtuada, continúa sirviendo. La Reforma no sólo representó la secularización y el fortalecimiento del Estado, sino también, gracias a la Constitución de 1857, el mantenimiento de las libertades políticas. Desde siempre, los argentinos han sido incapaces hasta hace poco de encontrar esta forma heroica de la tradición liberal. La encontraron en la Revolución de Mayo de 1810, pero no fue tan sólida. Tampoco los chilenos pudieron encontrarla en el siglo XIX. No había modo de que esta tradición tuviera una base popular. En México, en cambio, la tradición liberal contó con esta base popular que más tarde le serviría de inspiración. Desde luego, ni Argentina ni Chile tuvieron una revolución que reviviera estos viejos ideales de alguna forma, por lo que entraron al siglo XX con muchos problemas heredados.

Es muy difícil ver todo esto en términos de una especie de liberalismo comparativo, dado que en realidad nos movemos en sociedades muy diferentes; no sólo diferentes situaciones étnicas, sino también el gran problema de la identidad nacional en Argentina, y en Chile el problema de un pequeño grupo de terratenientes sólidamente establecido y que continuaron en el poder hasta bien avanzado el siglo XX. Problemas muy diferentes de los de México. La situación actual induce a pensar con cierto optimismo en el renacimiento del liberalismo en Argentina, a pesar de la falta de una tradición liberal heroica. El mismo renacimiento podría ocurrir en Chile.

E.K. —A fin de cuentas sostiene usted una continuidad liberal en México mucho más amplia y profunda que la de Reyes Heróles. ¿Cuál es, en suma, su concepto del Estado mexicano con respecto al liberalismo?

Ch.H. —A costa de una tradición constitucional sólidamente sostenida, el Estado mexicano aumentó su poder desde la Revolución debido a su interés activo en el proceso de la reforma social. Las urgencias de la reforma y de desarrollo económico señalaban la necesidad de aumentar los campos de actividad del Estado, aunque fuera a costa de algunas de

las bases del sistema constitucional. Sin embargo, cuando uno establece cualquier clase de comparación, aunque sea implícita, entre el Estado mexicano y cualquier tipo de Estado totalitario, sea fascista o comunista, creo que es injusto afirmar que no existe una continuidad del liberalismo, una base para las libertades civiles e incluso políticas.

México sí cuenta con una tradición de libertades civiles, de libertad de prensa, de mantenimiento —en alguna forma— del sistema parlamentario y un proceso electoral. Desde luego, ninguna de estas cosas se apega a la idea pura de liberalismo constitucional del siglo XIX, pero, con todo, proporcionan medios para la defensa del individuo frente al Estado. Esto es lo que uno observa en México, cuando lo compara con un sistema totalitario. El Estado permea la vida del país, pero lo hace de manera sutil y, con frecuencia, benigna; generalmente no es represivo. La reacción del gobierno a los acontecimientos de 1968 es quizá la excepción más notable.

E.K. —Todo lo cual recuerda al ogro filantrópico. El problema es que su filantropía, en los últimos años, ha sido más imaginaria que real. Uno puede conceder que hasta los años cuarenta y quizá cincuenta, las actitudes antidemocráticas y antiliberales eran un mal menor frente a los hechos filantrópicos de un ogro que por lo demás, como apunta usted, respetaba las libertades civiles e individuales (no tanto las políticas). Pero la soberbia pierde al ogro. Olvidando las ideas liberales con que había doblegado a los poderes corporativos de la iglesia y el ejército, el ogro acrecentó su poder sobre los individuos y la sociedad creando nuevas estructuras corporativas aún más opresivas e ineficientes. En vez de resolver la tensión interna del liberalismo mexicano abriendo por fin —como en la España actual— la opción de liberalismo constitucional, el ogro siguió una inercia que lo ha llevado a la inmovilidad y que podría desembocar en extremos de represión violenta. Aquel largo conflicto histórico entre las dos tendencias clásicas del liberalismo se aclara ante nuestros ojos: el Estado igualó a la sociedad ante la ley, pero sólo la democracia liberal iguala al Estado ante la sociedad.

## ARNALDO COEN

por Salvador Elizondo

La reducción geométrica de la realidad ha sido desde épocas inmemoriales uno de los grandes sueños de la especie. De ello dan prueba las pinturas rupestres, la escritura china, los cuadernos de Leonardo no menos que las acuarelas de Cézanne o que los cuadros de los pintores cubistas. La esencia del arte pictórico reside en una convención geométrica, la de la representación de las cosas como figuras sobre un plano en el que quedan apesadas en la retícula geométrica como los peces en la red. Pero esa red tiene que estar cuidadosamente tejida y ser manejada con extrema habilidad. De otra manera las figuras se escapan o se pierden. Grandes artistas han tenido, como la tienen los niños, la intuición de esa geometría y otros han conseguido también por intuición genial, como Velázquez, modificar sus postulados y crear pasmosas paradojas ópticas. Pero para este caso los que interesan son quienes en su representación de la realidad se han visto animados por la idea de que la trama de esa red y su captura de formas responde o puede responder a una idea matemática que puede ser

expresada por una fórmula algebraica y que en muy pocas palabras, como lo piensa Leonardo, *es cosa mental*.

Sí, pero visible...

Las líneas que anteceden son un resumen más o menos elaborado de algunas de las ideas que por asociación o por estímulo directo me produjo la vista de los cuadros recientes de Arnaldo Coen que me hace el honor de pedirme un comentario de presentación para su exposición en el Museo de Arte Moderno. No es la primera vez que tengo el gusto de admirar la obra de este pintor al que conozco desde hace unos treinta años y con quien he colaborado en un libro a más de haber escrito sobre él en otras ocasiones. El espíritu de geometría preside, como sobre el pensamiento de Descartes, los mejores momentos de su arte. Me voy para atrás con la luz que regresa para reconocer esas primeras imágenes del recuerdo en las que ya imperan el compás y la regla como instrumento de esa operación tan extraña y tan difícil que es la de someter un espacio al yugo de las dos dimensiones del plano. Hace diez años ya (o apenas) que intentó meter el Universo dentro de un cubo;

luego hizo unos dados en cuyas caras, como en el poema de Mallarmé, había constelaciones de figuras como *palabras*, formas que se componen y descomponen, que se construyen y des-construyen como las pirámides de Egipto *hacia* su última posibilidad, la de ser eternas, o cuando menos parecerlo.

Ahora ha perfeccionado su sistema. Los cuadros más recientes que aquí se exhiben no son sino el resultado de un arduo proceso de refinación. Las diferentes etapas de este proceso se perciben claramente en los cuadernos de apuntes, verdadera bitácora de obra, en que vemos claramente cómo el artista *construye* y cómo, por la geometría, todas las partes del cuadro pueden ser puestas en relación unas con otras como si fueran los términos de una ecuación. Hay pocas cosas visibles más interesantes que los cuadernos de un artista. Arnaldo Coen me ha dado la ventaja de mostrarme los suyos.

Uno encuentra a veces la esencia de una estética en eso que los pintores y los poetas llaman su "cuaderno". Es la Academia y el Museo íntimo de cada quien y lo que permanece al margen de las realizaciones terminales. Los "cuadernos" guardan el germen, registran la evolución y nos entregan la conclusión de cada una de las obras. Hay una identidad y una exactitud que asimilan el primer bo-



## RECuento

QUE SE HACE DEL VIAJE DE ARNALDO COEN, DE SUS DESCUBRIMIENTOS, PESQUISAS Y HALLAZGOS DE VARIO ORDEN Y DE COMO LOS CONSERVA EN LIENZO Y PAPEL PARA MEMORIA Y EJEMPLO DE NUESTRA INCIERTA POSTERIDAD.

por Alvaro Mutis

ceto con la obra terminada y de su *lectura* el proceso de composición pictórica se hace evidente. En los de Arnaldo Coen la primera etapa es la tirada de los dados. Un inabollible azar determina la primera proposición, un plano informemente manchado, sugerencia de símbolos, expresión espontánea de formas que en la segunda etapa se verán reducidas y analizadas geométricamente, es decir que sus partes serán puestas en relación racional unas con otras creando espacios virtuales y perspectivas inusitadas a las que en la tercera fase se agrega el colorido, condicionado este también por el esquema geométrico original. El espacio, como en la poesía de Mallarmé, se llena de vacíos. En ese espacio prismático la luz se descompone y proyecta sus gamas iridescentes en todas direcciones.

No quisiera terminar este breve comentario sobre la obra reciente de Arnaldo Coen sin llamar la atención sobre un rasgo que además de ser casi una característica del estilo de este pintor es también uno de los problemas más difíciles de resolver que se le puede plantear a un pintor, que a muchos se les plantea, pero que muy pocos pueden resolver: el problema de pintar el espacio vacío. De la misma manera que el arquitecto ordena los vanos, el músico los silencios y el poeta los callejones blancos de la tipografía, así también Arnaldo Coen ha ordenado y construido algunos de sus mejores cuadros en torno al centro inamovible del vacío pictórico; muy notoriamente el gran cuadro titulado "El arcoiris me flechó un paisaje" en el que la marcada asimetría de los ejes de la composición, acentuada por las fugas muy pronunciadas de la perspectiva dejan en el centro óptico un espacio espacible, intocado por la geometría; un espacio que en su suavísima vacuidad domina sobre la plenitud del cuadro.

Sé que a partir de esta muestra Arnaldo Coen se aboca a estudiar, a desentrañar, a destejer, en los términos de su personal concepción del arte, la ardua y sutilísima geometría de las "Batallas" de Paolo Ucello, un proyecto ahora a la altura de su sensibilidad y de su destreza. Estoy seguro de que volverá con las redes henchidas.

No es preciso desplazarse a largas distancias —dice— para encontrar la morada de la bestia adivinatoria que somete al suplicio de su atónita y muda interrogación a las mujeres que con la mano entre los muslos miden la distancia entre las fuentes del azul sin sosiego y la cristalización espontánea de las sales y elementos metálicos de Urano Basta con acercarse lentamente y observar la marcha acompasada e interminable de esos insectos que cada uno lleva a cuestas el ideograma en donde se indican las rutas a seguir y con esos datos pueden irse colocando los postes que nos permitirán un regreso sin sorpresas Pese los riesgos del camino y me resuelvo por aquel en donde el arco iris se somete como un animal enfermo a las auscultaciones de mi curiosidad y sigo adelante con la certeza de quien ha visto ya en la nieve despararrada por leves tempestades provocadas por el desplazamiento de un muslo de evidente tersura los signos de que habrá un "tranquilo y próspero viaje" sin tener que pensar en la banca Mendelssohn ni en su joven retoño de talentos más que probados. Y así seguir adelante protegido por un húsar desdentado que se limpia los ojos de continuo y ha perdido su sable en los orinales de las tabernas una mujer que sabe leer el tarot pero ha perdido el habla porque intentó predecir la elección del papá nifo y por uno de los ofiicantes del templo proscrito por habérselo comprobado que dijo la palabra innombrable al pie de los precipicios en donde la luz se gasta en vanas arremetidas contra las paredes de granito y deja allí las huellas de caracolas en donde estuvo escondida por milenios la alimaña de la duda Pero hay que seguir adelante con esa escolta poco presti-

giosa pero conocedora de muchas de las secretas sendas que nos van a llevar al gran escenario y será allí en donde habrá que aguzar la vista para luego dejar testimonio de todo no con la palabra que tiene tantos filios que ya para poco sirve no con la música sometida siempre a la incierta mediación de los intérpretes sino con los colores esfumaturas dobles y triples veladuras y la malicia indispensable siempre para ordenar en el lienzo tanta cosa tanto personajeta tanta confusa materialización de mis asombros hasta llegar a la bestia interrogante de cuyo único cuerno depende el abrazo que espera a los que perseveran y a los que saben ver Pero no es sólo eso hay más aún y de allí que también me haya provisto para el viaje de este astrolabio construido con la materia moldeable y blanda que mantiene en su lugar y permite el suave balanceo de los pechos de la mujer sometida a las flagelaciones de las arenas y a la auscultación de la luz al borde mismo del tiempo de las salamandras Pero no sé porqué estoy dando tanta información y orientando a los viajantes de mezquinas inclinaciones que rayan en la delincuencia He debido callar lo sé y sólo hablo para impedir que los de mi escolta suelten la lengua porque cada uno de los tres por si solo acabaría arruinándolo todo borrando las huellas colocadas para facilitar el regreso y cometiendo los desmanes ya conocidos y que los han llevado a la presente condición de humildes acompañantes a un papel muy por debajo del de simples corifeos a una casi anónima presencia en la que apenas consiguen esconder su miseria Pero decía que el viaje sin ser largo ocupa si un trecho muy considerable en la vida de un artista pero esto tampoco es lo

## **ERROR IMPORTANTE**

En la Carta a Günter Grass

En el último momento hemos advertido un error de formación en el artículo de Mario Vargas Llosa. Las tres primeras líneas de la segunda columna de la página 58:

**"en Europa occidental, donde, desde  
los años sesenta, numerosos intelectuales  
progresistas han hecho una"**

deben ir en realidad entre las líneas tercera y cuarta de la columna siguiente, continuando la frase:

**"A diferencia de lo que ha sucedido"**

importante lo que cuenta es saber escoger en determinado momento el túnel que nos lleve sin tropiezos pero no es cosa ahora de ponerme a narrar todo lo sucedido Bien sé que Teseo frustrado como ahora me siento pareciera que trato de disculparme y en verdad de lo que se trata es de decir a ustedes que allá en el fondo aún permanece la bestia observando acechan

do lista a caer sobre el intruso la cabeza levemente inclinada hacia adelante la mirada fija encendida y la tal hembra esperando ofreciéndose al fondo cómplice la muy puta desde luego y todo listo y ustedes aquí interesados en el tal viaje mío No los entiendo —dice— no se qué quieren vayan desfilando ya que la paciencia se me agota y estoy bien al tanto de

sus intenciones y de su necia curiosidad que a nada conduce No es que yo vuelva a partir —dice— es que sigo en mi viaje y tengo lista mi visita a los lugares en donde toda oración toma la forma de la vasija que la contiene y eso sí es lo mío lo cierto y por eso estoy ahora mismo volviéndoles la espalda para que puedan examinar tranquilamente lo que

## CARTA A GÜNTER GRASS

por Mario Vargas Llosa

*En la reunión del PEN Club en Nueva York, en enero de este año, Mario Vargas Llosa se refirió al papel que han desempeñado, con frecuencia de manera innoble, los intelectuales de América Latina en la lucha por la democracia. La intervención de Vargas Llosa desató las iras de Günter Grass, quien lo acusó de interpretar mal la realidad política de América y lo conminó repetidas veces a pedir disculpas por sus declaraciones sobre lo cortesanos (y no "cortesanas", como malamente tradujo Excélsior), que son algunos escritores de nuestros países. La carta de Vargas Llosa intenta poner fin a una polémica que durante varios meses ha ocupado las páginas de diarios españoles y alemanes.*

Curiosa manera de polemizar la suya, amigo Günter Grass. Cuando la Universidad Menéndez y Pelayo lo invitó a que dialogáramos, en Barcelona, sobre nuestras discrepancias, rechazó la invitación. Pero ahora, en el Congreso del PEN Internacional, en Hamburgo, al que me fue imposible asistir, ha polemizado sin descanso conmigo, un interlocutor fantasma, que no podía responder a sus cargos ni a sus bravatas. Lo hago ahora, por escrito, con la esperanza de que esto ponga punto final a una polémica que comenzó mal y que, por lo demás, no parece haber servido de gran cosa.

En la reunión del PEN en Nueva York, en enero, sostuve que el talento literario y la brillantez intelectual no son garantía de lucidez en materias políticas y que, en América Latina,

en Europa occidental, donde, desde los años sesenta, numerosos intelectuales progresistas han hecho una por ejemplo, un número considerable de escritores despreciaban la democracia y defendían soluciones de corte marxista-leninista para nuestros problemas. Me permití, también, una humorada. Especulé que, si hiciera una encuesta entre nuestros intelectuales partidarios y adversarios de la democracia, acaso ganarían estos últimos. Cuando usted afirmó que era inaceptable suponer algo así, porque conocía muchos exiliados intelectuales de América Latina que eran sinceros demócratas, le contesté que enhorabuena y que albricias. Le repito ahora que nada me alegraría tanto como que usted tenga razón y que yo esté equivocado. Ojalá hubiera en América Latina una mayoría de intelectuales que haya optado de manera clara a favor del sistema democrático y en contra de las dictaduras, sean éstas de izquierda o de derecha.

Naturalmente que aquella encuesta no se puede realizar y que sólo se puede hablar de ella en términos hipotéticos. Pero mi pesimismo no es gratuito ni me anima en lo que dije el propósito de insultar a mis colegas, como usted, habiendo para la galería, ha dicho en Hamburgo. En este tema, el de la realidad política de América Latina, tengo seguramente más experiencia que usted, ya que de nuestros países entiendo que sólo conoce Nicaragua, en una breve visita que, por otra parte, según ha revelado Xavier Argüello en una carta a *The New York Review of Books*, estuvo cuidadosamente planeada por el régimen

para que sólo viera y oyera lo que a éste convenía.

A diferencia de lo que ha sucedido profunda crítica del *socialismo real* y denunciado sus crímenes, en América Latina, con pocas excepciones, nuestros intelectuales siguen practicando la hemiplejía moral que consiste en condenar las iniquidades de las dictaduras militares y los atropellos que permiten a menudo las democracias, y en guardar ominoso silencio cuando quienes cometen los abusos son regímenes socialistas. Al aprobar el Congreso de los Estados Unidos la ayuda de 100 millones de dólares para los *contras*, me apresuré a protestar por lo que considero la intolerable agresión de un país poderoso contra la soberanía de un pequeño país, y no me cabe duda que esta protesta coincide con la de innumerables escritores desde México hasta Argentina. ¿Cuántos de ellos estarían también dispuestos a protestar conmigo por la clausura del diario *La Prensa*, en Managua, medida que pone fin a todo tipo de crítica y de información no oficial en la Nicaragua sandinista?

Porque la magnitud de las desigualdades económicas y de las injusticias sociales lo impacientan, o porque los horrores de las dictaduras militares que hemos sufrido (y que aún sufren países como Chile y Paraguay) lo exasperan, y porque la ineficiencia y la inmoralidad que suelen acompañar a nuestros gobiernos democráticos lo llevan a desesperar de una solución pacífica y gradual para los males del subdesarrollo, el intelectual progresista latinoamericano cree aún en el mito de la revolución marxista-leninista como panacea universal. Esta ilusión le ha impedido oír la denuncia sobre la realidad del *Gulag* de los disidentes soviéticos y sacar las conclusiones debidas sobre

acontecimientos como el fin de la primavera de Praga, las luchas de solidaridad o la fuga de los 100 mil cubanos por el puerto de Mariel. Y, lo que es más grave todavía, impide a muchos de ellos reconocer que, con todas sus imperfecciones, el sistema democrático es el menos inapto para hacer frente a nuestros problemas, y, en consecuencia, apoyarlo sin medias tintas.

Como dije en Nueva York, el apego o desapego de sus intelectuales hacia la democracia no es un problema académico sino un hecho crucial del que en buena parte depende el futuro de América Latina. *Democracia*, como *socialismo* y *libertad*, es una palabra prostituida por el uso contradictorio y confusionista que se hace de ella. Todo el mundo se proclama *democrático*: desde Moammar Gaddafi hasta el *ayatola* Jomeini, pasando por Kim Il Sung y el general Stroessner. Pero para usted y para mí debería ser fácil establecer la línea divisoria entre los genuinos regímenes democráticos y los impostores. Ya que, a pesar de nuestras diferencias, tengo la impresión de que ambos, cuando hablamos de *democracia*, decimos la misma cosa y nos referimos a aquello que los marxistas-leninistas suelen caricaturizar como *democracia formal*.

Pues bien, si este sistema de legalidad y libertad, con elecciones, sindicatos independientes, partidos políticos y parlamentos representativos contara en América Latina con el respaldo decidido de nuestros intelectuales progresistas, él sería menos deficiente y menos frágil de lo que actualmente es. Su fragilidad no resulta, sólo, de nuestros desequilibrios sociales y de la miseria de las grandes masas humanas, o de los sabotajes que andan tramando contra él sectores militares y plutocráticos; también, de la hostilidad que merece a quien en sus escritos y pronunciamientos han contribuido en gran parte a devaluarlo. Ese es básicamente el sentido de mi crítica: que por razones a veces nobles y a veces innobles —el temor a ser satanizado como *reaccionario*, por ejemplo— muchos intelectuales latinoamericanos han ayudado al colapso de nuestros experimentos democráticos.

Déjeme citar el caso de mi país,

donde el sistema democrático, que recobramos en 1980, cruje y se resquebraja a diario por obra de la violencia política. La organización que ha desatado el terror, Sendero Luminoso, no nació en una comunidad campesina o en una fábrica, sino en una universidad, y sus fundadores no fueron obreros sino profesores y estudiantes universitarios, que, sin duda, jamás pudieron sospechar que sus insensatas justificaciones de la violencia como "partera de la historia" desembocarían en el baño de sangre que vive hoy Perú. Los crímenes que se cometen no son, por desgracia, sólo de un lado; también de quienes deberían velar por la legalidad, como ha probado el asesinato de varias decenas de senderistas en las cárceles de Lima, durante un motín, que cometieron miembros de la guardia republicana, según ha denunciado el propio Presidente de la República. Dentro de un contexto semejante comprenderá usted mejor, tal vez, la vehemencia con que defiende la opción democrática para América Latina. Ella es la única posibilidad que tenemos de poner fin, o al menos atenuar, la sobrecogedora violencia que los dos extremos ideológicos están dispuestos a aplicar sin el menor escrúpulo, y la mayoría de cuyas víctimas son, siempre, seres humildes e inocentes que ignoran —y acaso ni siquiera entenderían— las elaboraciones intelectuales de quienes creen que el fin justifica todos los medios, incluido el asesinato ciego de la población civil.

Me ha censurado usted por haber dicho que, en las sociedades comunistas, el poder ponía al escritor en el dilema trágico de ser un cortesano o un disidente. Admito que la división de *cortesanos* y *disidentes* es esquemática y la retiro. Ella soslaya, en efecto, aquel matiz que representa un buen número de escritores que, haciendo esfuerzos admirables, se las arreglan para, sin romper con el socialismo, mantener una cierta distancia crítica hacia el régimen de su país. Cuando fui presidente del PEN Internacional pude comprobar, en efecto, los riesgos que estaban dispuestos a correr muchos escritores polacos, húngaros y de Alemania oriental para expresar sus opiniones independientes. Sé que ninguno de ellos aceptaría ser

llamado *disidente* y sé que sería injurioso llamarlos *cortesanos*.

Hecha esta rectificación, vayamos al fondo del asunto. Mi crítica no iba dirigida a los escritores de los países comunistas, sino al sistema del que son víctimas. Porque lo cierto es que los regímenes marxistas-leninistas no permiten la neutralidad ideológica, y para impedirlo han establecido unos métodos de censura tan perfectos como ridículos. Es una de las objeciones frontales que cabe hacer a la doctrina que nació para "encarnar" las ideas en la historia. Haber convertido el pensar y el escribir en una actividad tan aséptica y tan insulsa como lo era en las colonias hispanoamericanas en el siglo XVII, cuando nuestros poetas y pensadores, paralizados por el miedo a la Inquisición, tornaron nuestra literatura en un ritual de tópicos o de huecas acrobacias verbales.

Sé muy bien todo lo que hace el comunismo en favor de la literatura. He visto con mis ojos cómo se multiplican las bibliotecas y cómo los libros se abaratan y reeditan en ediciones masivas. Y he visto, sobre todo, cómo en los países comunistas la literatura que llega al gran público no se ha frivolidado como ocurre, por desgracia, en muchos países libres, donde el consumismo tiende a relegar la literatura de creación a auditorios minoritarios, en tanto que lo que lee el gran público suele ser una pseudo literatura conformista y adoceñada. Pero ser lúcido a este respecto no debe cerrarnos los ojos sobre la otra evidencia: la más imperfecta democracia concede al escritor una libertad mayor que la sociedad socialista menos rígida (digamos, hoy, Hungría).

El precio que pagan por su independencia frente al poder los escritores de países comunistas, usted lo conoce: desde la muerte civil que significa ser expulsado de las asociaciones gremiales, que son las que confieren categoría de escritor y todas las ventajas consiguientes a ella, hasta ver cerradas las publicaciones y las imprentas para sus trabajos y negados los permisos para salir al extranjero o para regresar al país luego de un viaje y ser convertido por lo tanto, sin quererlo, en un "disidente" del socialismo. En tanto que el escritor ofi-

cial, que hace suyas las verdades del poder y acepta ser su publicista, recibe toda clase de prebendas y privilegios, el que quiere preservar su independencia debe hacer frente a múltiples acosos y chantajes: a veces la cárcel, a veces la catacumba o el limbo, y a veces —lo peor que le puede ocurrir a un escritor— renunciar a escribir.

Con este telón de fondo quiero situar aquella respuesta mía en Nueva York, a la pregunta de un escritor sudamericano, en la que dije lamentar que García Márquez hubiera aceptado ser un "cortesano" de Fidel Castro. Hasta en tres ocasiones me conminó usted en Hamburgo a pedir disculpas por aquella frase, so pena —según los cables— de dejar de ser para usted "un interlocutor válido". (Estas son las bravatas suyas a las que me referí al principio.)

No voy a retirar esa frase. Sé que ella es dura pero estoy convencido que expresa una verdad. Dije también algo igualmente severo, hace algunos años, cuando supe que Borges —un escritor al que tengo como uno de los más originales e inteligentes que haya producido nuestra lengua— había aceptado una condecoración del general Pinochet. Tener un gran talento literario no me parece un atenuante sino un agravante en estos casos. Simplemente no entiendo qué puede llevar a un escritor como García Márquez a conducirse como lo hace con el régimen cubano. Porque su adhesión va más allá de la solidaridad ideológica y asume a menudo las formas de la beatería religiosa o de la adulación. Que un escritor inciese como él lo hace al caudillo de un régimen que mantiene muchos presos políticos —entre ellos varios escritores—, que practica una estrictísima censura intelectual, no tolera la menor crítica y ha obligado a exiliarse a decenas de intelectuales, es algo que, como decimos en español, me hace sentir vergüenza ajena. Y también me alarma, pues poniendo su prestigio al servicio incondicional de Fidel Castro, García Márquez confunde a mucha gente en América Latina sobre la verdadera naturaleza de su régimen.

Probablemente admiro la obra literaria de García Márquez tanto como usted. Y, acaso, la conozco mejor, pues dediqué dos años a estudiarla y

escribí sobre ella. El y yo fuimos muy amigos; luego, nos distanciamos y las diferencias políticas han ido abriendo un abismo entre nosotros en todos estos años. Pero nada de eso me impide gozar con la buena prosa que escribe y con la imaginación foforescente que despliega en sus historias. Porque reconozco en él un talento literario poco común, no puedo comprender que, tratándose de Cuba, haya renunciado a toda forma de discriminación moral y de independencia crítica asumiendo resueltamente un papel que me parece indigno de él: el

de propagandista.

No sé si usted y yo nos volveremos a ver. Me tamo que esta polémica difícilte el que alguna vez seamos amigos. Créame que lo siento. No sólo por el respeto intelectual que me merecen sus libros, sino porque, a juzgar por lo que ha sido su actuación política en su país, creía que ambos librábamos la misma batalla. Pensar que me equivoqué me deja un deprimente sabor a ceniza en los labios.

Londres, 28 de junio de 1986.

## DE UNO QUE SALIO PARA ENSEÑAR A PREGUNTAR

UWE JOHNSON, 1934-1984

por Christian von Randow

El 12 de marzo de 1984 encontraron muerto a Uwe Johnson. La policía y el médico forense de Sheerness-on-Sea declararon que la muerte del poeta alemán había ocurrido hacía ya 19 días, la noche del 22 al 23 de febrero.

Durante meses, en la prensa de la RFA apareció un caudal de artículos sobre el "caso Johnson". Al principio, el motivo fue la nota de un reportero de la revista *Stern* que publicó los resultados de sus investigaciones en Sheerness-on-Sea. El periodista había interrogado a varios testigos. El dueño del pub que Johnson frecuentaba diariamente lo había visto por última vez el día 20 de febrero; afirmó que el literato se veía muy mal. La muchacha que limpiaba tres veces por semana la casa del autor, quien vivía totalmente aislado, dio un testimonio sorprendente: el día 20 de febrero, Johnson le había pedido que no asistiera la semana siguiente porque él tenía que trabajar. Ella supuso que el autor saldría de viaje; por eso avisó hasta casi tres semanas después a los vecinos, quienes luego encontraron al muerto en la casa. La cara amoratada indicó una "parálisis cardíaca" (dictamen de la autopsia). En la sien tenía una herida, que obviamente se había hecho al caer y golpear

se contra la esquina de una mesa.

Infelizmente, el reportero continuó sus investigaciones. El mismo confiesa que abrió forzosamente la casa de Johnson y encontró un "libro con pastas color café", que contiene las confidencias detalladas de Elisabeth Johnson, esposa del autor. El periodista leyó el diario íntimo y publicó sus descubrimientos. Al intentar salvar el fracasado matrimonio, Johnson parece haber obligado a su esposa a redactar una especie de diario *a posteriori* sobre una aventura amorosa que databa de varios años atrás.

Sobre el *Stern* y su reportero llovieron protestas y ataques, que aumentaron cuando el periodista publicó sus investigaciones en forma de libro. El día 23 de noviembre de 1984, un acto en memoria de Uwe Johnson se efectuó en Richmond (Londres), donde Günter Grass acusó violentamente tanto al reportero y a su editorial, lo mismo que a la de Johnson, por no haber impedido esta publicación.

También Helen Wolff, la viuda del editor estadounidense Kurt Wolff y *grande dame* de la literatura, tomó el partido de Grass; también ella mencionó el problema de los últimos años

de Johnson: su excesivo consumo de alcohol. Repetidas veces, los amigos de Johnson tuvieron que pedir los servicios de un médico; en una ocasión, Johnson tuvo que hospitalizarse durante quince días.

Max Frisch, a quien Johnson quiso escribir una carta aún en sus últimos días (en su escritorio se encontró un sobre dirigido a Frisch), lamentó "el terrible testamento" del difunto, quien instituyó a Siegfried Unseld, de la editorial Suhrkamp, como heredero único. A la esposa legó solamente la *Enciclopedia Británica*; a su hija, nada. Johnson instituyó al autor Martin Walser como albacea, pero éste rechazó tal oficio. Unseld ofreció a Elisabeth Johnson los derechos de autor y una parte del seguro de vida de su esposo; sin embargo, ella renunció a todo.

Una vez más, Günter Grass tomó al finado amigo bajo su protección contra periodistas y editores irresponsables ("métodos que están como copias de *Dallas*"). Por fin, Heinrich Boll intentó terminar la fastidiosa discusión: "Debería de saberse que cualquier fallecido —no sólo los escritores— se lleva secretos a la tumba, secretos que quizá hasta algunos sobrevivientes conozcan y, no obstante, dejen en la tumba. Mi *súplica* sería: pongamos fin al debate, olvidemos las acusaciones, las ofensas, los malentendidos mutuos en el intercambio de declaraciones".

Pero hay algo que pesa más que todo lo mencionado arriba: una serie de detalles escritos por el propio Johnson.

En 1970 publicó el texto, originalmente escrito en inglés, *Dudosa identidad de autor difunto*. Los editores se rehúsan a dar informes. En esta necrología ficticia entre los vivos, Johnson hace afirmar a un abogado, Thomas Shean: "Mr. Johnson, que es tenido hasta la fecha por el autor de numerosos libros, probablemente no redactó ninguno de ellos." "Se considera casi seguro que Mr. Johnson preparó su desaparición." "Como señala un vocero del Ministerio de la Defensa, existe la posibilidad de que la parte de la 'biografía' de Mr. Johnson que se refiere a la Alemania Oriental sea del todo falsa y que el difunto desarrollara actividades de espionaje con la apariencia de una

alegre vocación literaria."

En 1971, Johnson describe en *Aniversarios II* el suicidio de Lisbeth Cresspahl, la madre de la figura titular, Gesine. La escena recuerda la muerte del autor, la noche del 22 de febrero de 1984: "Al caer se pegó en el cogote con una viga saliente; quizás se desmayó luego, y ya no lo supo. Después se quedó tendida en el suelo hasta quedar muerta". El día 22 de febrero de 1988, Gesine sueña febrilmente con la muerte de su madre.

En 1979, Johnson comunica al auditorio de sus *Conferencias en la universidad de Frankfurt* que su esposa lo había engañado, durante años, con un agente del servicio secreto checoslovaco. Su esposa había sido la confidente de Johnson, sobre todo en cuanto a los detalles checos de los *Aniversarios*. Dijo también que este descubrimiento le había causado un "daño de los vasos coronarios", fuertes depresiones y un "bloqueo nervioso". Añadió que él, a la edad de 44 años, tuvo que volver a aprender a escribir, "dos renglones cada día, cinco renglones por semana; pero después de tres meses, diecisiete cuartillas." Estas acusaciones se publicaron igualmente en la edición del libro que incluye las conferencias.

En 1981, en la miscelánea dedicada al septuagésimo aniversario de Max Frisch, Johnson publicó el relato "Esbozo de la víctima de un accidente", en el que el engañado autor Dr. Joe Hinterhand ("Juan Trasmano") ha dado muerte a su esposa, de quien conserva una colección de fotos con la que no puede ni vivir ni morir de allí en adelante. Como antifascista, el personaje se sintió especialmente afectado por la revelación de que su esposa —con la cual se creía de acuerdo— lo había engañado durante años con un fascista. Finalmente el asesino se entrega a la policía y reconstruye la relación minuciosamente, basándose en las fotos. El relato termina con las palabras: "En 1949, ante el tribunal, esperaba fervorosamente un juicio que hubiera terminado con su vida por medio de impulsos eléctricos o con la soga, pero lo que le importaba no era la sanción, sino una salida de urgencia, una escapatoria. Encontraría después su propia pena capital, que debía cumplir viviendo."

Para el día 23 de noviembre de 1984, Johnson había aceptado una invitación a leer algunos capítulos de su obra en el Colegio Alemán de Richmond. Después de vivir diez años en Inglaterra, esta lectura habría sido su primera presentación pública en ese país. Con el sello postal de la fecha de su muerte, Johnson mandó al organizador de la conferencia una biografía corta "recientemente actualizada". En ella, los años 1974-1983 se presentan muy sumariamente. Los dos libros que contienen acusaciones contra su esposa, *Circunstancias* y *Esbozo de la víctima de un accidente*, no se mencionan.

Los textos a que nos referimos provienen de hace quince años, los mismos en los que Johnson elaboró su *opus magnum*: las casi 2,000 páginas de los *Aniversarios*. Partes de la obra están traducidas al inglés, al italiano y al francés.

El subtítulo *De la vida de Gesine Cresspahl* circunscribe una historia compleja: Gesine creció en Mecklenburgo y se mudó a la RFA; allí encontró empleo en el correo, ocupándose de la correspondencia en idiomas extranjeros, y finalmente como intérprete en la OTAN. Luego de dar a luz a su hija Marie (cuyo padre es el Jacob de las *Conjeturas*), cambia de empleo y entra en un banco en Düsseldorf, que finalmente la envía a Nueva York. Y allí pasan los *Aniversarios*, es decir, una de las tramas o líneas narrativas, la que describe la vida cotidiana de Gesine con su hija. Dado que su extracción familiar es importante para Gesine, y la Marie de diez años pregunta por ella, la madre cuenta a su hija la historia de sus antepasados. Así es como entran a la novela Mecklenburgo, los padres y abuelos, la República de Weimar, la era del nacionalsocialismo y los años de constitución de la RFA y la RDA; todo esto a través del ejemplo de las familias Cresspahl, Abs y Papenbrock; Heinrich, el padre de Gesine, su mamá Lisbeth, y los abuelos. La idea y los alrededores proveen otras figuras, como curas, maestros, colegas, hacendados y campesinos.

Gesine tiene que ganarse la vida como empleada de un banco; no tiene demasiado tiempo para participar en la vida ajena de Nueva York. A Estados Unidos y el mundo los perci-

be más que nada a través del *New York Times*. La "vieja *Times*" juega un papel importante: en citas y resúmenes casi diarios, Gesine documenta la guerra de Vietnam, el asesinato de Robert Kennedy, las publicaciones de la hija de Stalin y las noticias sobre los países del bloque oriental, sobre todo Checoslovaquia.

Así pues, los *Aniversarios* son una especie de diario que empieza el día 20 de agosto de 1967 y termina exactamente un año más tarde. Johnson afirma que escogió la fecha inicial por casualidad; dado que el plan de la obra implicaba el transcurso de un año, la última fecha fue un "regalo de la realidad": el banco encarga a Gesine aprender checo y preparar la negociación de un crédito a Checoslovaquia, lo que parecía posible después de la primavera de Praga; Gesine ve en esta misión la oportunidad de poder trabajar, por fin, para un "socialismo humano"; cuando se encamina, el 20 de agosto de 1968, hacia Praga, no sabe que los tanques rusos entrarán a la ciudad el día siguiente.

Así se trabó una urdimbre de Historia y de historias. Johnson tematiza la historia alemana de este siglo y lo hace contar las historias de diversas vidas. En las *Proposiciones para examinar una novela* exigió que una narración "ampliara el mundo del lector a través de la experiencia". En la obra de un autor tan obsesionado por los detalles y tan consecuente como Johnson, tal exigencia es más que un lugar común. La experiencia personal que Johnson aporta es la división de Alemania, es decir la división del mundo en dos grandes bloques. Esto provocó en él la urgente necesidad de buscar una posibilidad de mantener intacta —dentro de estas rupturas— la propia integridad. Este ensayo, este esfuerzo de no renunciar a la integridad de uno mismo es el tema verdadero de Johnson. El hecho de que todas sus figuras principales —desde el Jacob de las *Conjeturas* hasta la Gesine de los *Aniversarios*— sostengan una terca lucha por su integridad, demuestra la importancia que el problema tiene para Johnson. Su veracidad se caracteriza al dejarlos fracasar, al final, a todos, por lo menos en cuanto a la posibilidad de una "vida verdadera": Jacob termina bajo las ruedas de una locomotora y

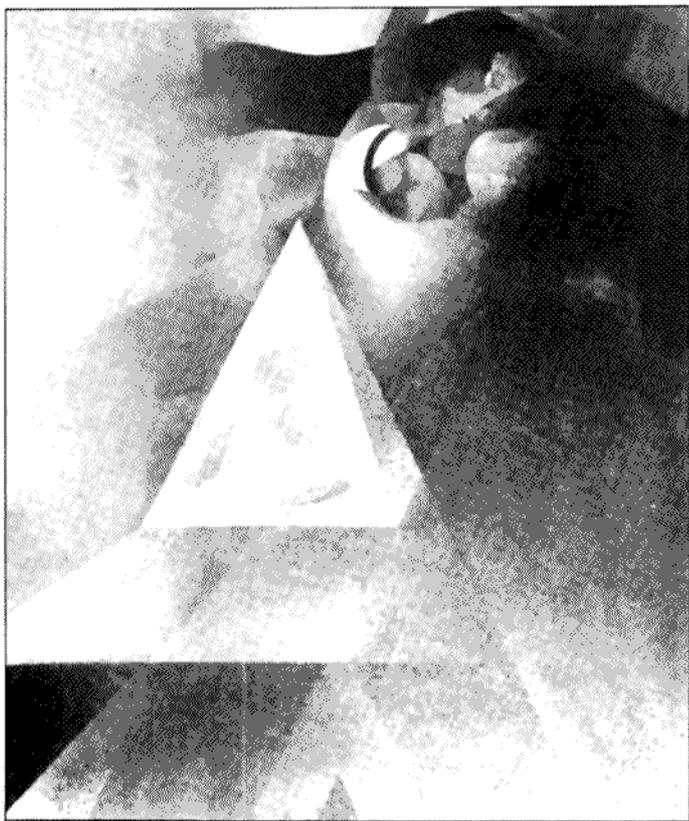
Gesine se encamina hacia la primavera de Praga, donde se topará con los tanques rusos. De tal manera, Johnson vuelve a demostrar la imposibilidad de hallar una solución. Sin embargo, la búsqueda no es en balde.

El padre de Gesine sufre muchas derrotas. Se construye una existencia en Inglaterra para regresar a Alemania en 1933. Intenta resistir a los nazis, pero tiene que vivir con ellos, e incluso vivir de ellos. Llega a ser alcalde bajo la ocupación inglesa, y más tarde bajo la rusa, hasta que lo mandan por años a un campo de trabajo forzado. Su esposa se suicida y su hija se refugia en la Alemania Occidental. Y pese a todo, él, con su ejemplo, alentó en esta hija un espíritu de resistencia que la llevaría a alistarse en uno de los bandos de esos mismos conflictos, pero la capacitaría también para no darse por vencida y soportar las tensiones. Las estacio-

nes de la vida de Gesine son tan conflictivas como las de su padre, y al final de los *Aniversarios* ella fracasará también. Pero tiene una hija, Marie, quien por su integridad categórica, representa la misma búsqueda de todos sus antepasados.

El archivo Uwe Johnson publicó en 1985 la primera novela, *Ingrid Babenderde. Examen final 1953*, hasta entonces inédita. En esta obra temprana existen ya figuras que Johnson seguiría perfilando en sus novelas posteriores; por ejemplo, los hermanos Klaus y Günter Niebuhr. La insistencia en los personajes que inventó alguna vez demuestra también lo importante que era para él la continuidad de las generaciones.

En las *Proposiciones para examinar una novela* se dice: "La forma tiene que insertarse en la historia. La forma tiene únicamente la misión de dar a luz la historia intacta. La forma y



el contenido deben ser inseparables".

Las tres grandes cuerdas narrativas de los *Aniversarios* —la vida cotidiana de Gesine y de Marie, los recuerdos de Gesine, el *New York Times*— forman un todo complejo. La polifonía y la densidad convierten las novelas de Johnson en el material de una lectura exigente. Johnson dijo que deseaba lectores que leyesen tan despacio como él escribía.

Desde el principio, en *Conjeturas sobre Jacob* se comunica una serie de participantes que se reconocen como personas sólo en el desenlace: el conductor de locomotora Joscha, colega de Jacob; Gesine, su amiga y amante; Jonas Blach, que también hace la corte a Gesine; Rohite, del

servicio secreto. La interacción de las voces está construida de tal manera que el lector tiene que escuchar muy atentamente para reconocer cada una. Las soluciones del rompecabezas corresponden muy precisamente a una actividad que cualquiera conoce: la de escuchar y participar, a veces e incompletamente, en una conversación cuyos interlocutores conoce uno sólo en el transcurso del diálogo. Con eso, la novela entera es casi pura exposición, exposición que se complica continuamente. Hay muchos detalles que pueden entenderse sólo al final. Parece que la obra entera se revela a la vista exclusivamente en la segunda lectura.

Frente al escándalo, la confusión y

la mortificación del "caso Johnson" sólo se levanta la obra del autor. Si documentamos aquí una parte de la anécdota de ese "caso", es con la intención de dirigir más resueltamente el interés a los textos de Johnson.

Los cuatro volúmenes de los *Aniversarios* terminan presentando al personaje que los llevará más lejos: el hijo. Johnson tendrá que leerse en la tensión de los documentos históricos y los proyectos de vida, es decir: como ejemplo de una orientación que cada generación debe elaborar nuevamente, si es que quiere realizar — incluso contra la "coyuntura" — una vida humana y digna.

NOTAS VARIAS

Vuelta saluda a José Emilio Pacheco, nuevo miembro de El Colegio Nacional.

El cierre de La Prensa en Nicaragua

Un sector importante y quizá mayoritario de la opinión democrática en Europa, Norteamérica y América Latina, ha estado en contra de la ayuda que otorga a los Contras la administración de Reagan. La actitud de ese sector reside menos en el principio de autodeterminación que en la esperanza de que esa autodeterminación se manifieste, en Nicaragua, por vías plenamente democráticas y pacíficas. Por otro lado, cualquier análisis objetivo de Nicaragua concluye que su horizonte histórico depende — más allá de la retórica — de este sector democrático. El cierre de La Prensa, diario libre dirigido por nuestro viejo amigo y colaborador Pablo Antonio Cuadra, contribuirá a enajenar aún más la voluntad de la opinión democrática mundial. Al clausurar la libertad de prensa, el régimen Sandinista ha clausurado buena parte de su propio horizonte histórico.

Chihuahua

Hasta hace poco, la democracia era reaccionaria (burguesa, formal) en los medios universitarios. Ahora es revolucionaria, según las conclusiones de una mesa redonda de *Rinascita*, órgano cultural del Partido Comunista Italiano:

En la culminación de la crisis del Estado social y de frente al bloque de las sociedades del Este, la democracia no se presenta como aquel sistema político inestable del que a mediados de los años setenta hablaban los exponentes de la Trilateral sino como la forma política de la modernización. Este es un punto adquirido por el largo y arduo tránsito de la revolución en Occidente.

(Traducción de Fernando Danel para la revista *Universidad de México*, abril de 1986, p. 28, "La política de los años ochenta". Subrayado en el original.)

Al cerrar nuestra edición, las elecciones en Chihuahua son todavía un capítulo abierto, no en cuanto a los resultados oficiales que han dado la victoria unánime al PRI, sino a las posibles reacciones del amplio sector de la ciudadanía chihuahuense que siente atropellados sus derechos políticos. En nuestro próximo número intentaremos analizar los sucesos de Chihuahua, siempre con objetividad, sin espíritu de partido y con testimonios fidedignos, muchos de los cuales la televisión privada, la televisión oficial y los grandes diarios nacionales no sólo omitieron sino distorsionaron.

Redacción

Vuelta

publicará:

- Milan Kundera: Ochenta y nueve palabras
- George Steiner, Leszek Kolakowsky, Conor Cruise O'Brien: El destino de los intelectuales
- Juan José Arreola: Monólogo
- Marco Antonio Montes de Oca: Locura y lucidez
- Silvina Ocampo: el automóvil
- Adolfo Bloy Casares: El relojero de Fausto
- Octavio Paz: Visión e ideología